

Botas

Elifio Feliz de Vargas *

Del salón en el ángulo oscuro, de su dueño tal vez olvidadas, silenciosas y cubiertas de polvo veíanse... las botas.

Mis fieles, viejas y añoradas botas, igual que el arpa olvidada del poema de Becquer, sueñan con unos pies de nieve que vengán arrancar las notas que guardan sus desgastadas suelas: el áspero crujido de la grava de los caminos del Maestrazgo, el chasquido quejumbroso de la hojarasca en los pinares del rodano, el sordo crepitar de la nieve ascendiendo a Javalambre, el chapoteo viscoso de la arcilla húmeda en la vega del Alfambra o la caricia cantarina del agua clara y enredadora al cruzar el cauce del Guadalope.

Hace mucho tiempo que las viejas botas enmudecieron definitivamente y todavía recuerdo, como si fuese ayer mismo, la primera vez que me las calcé, dando pasos cortos y decididos sobre el suelo de madera de una pequeña zapatería. Desde el mostrador el dependiente seguía mis movimientos con curiosidad de experto.

- No te precipites –me advirtió-. Elegir unas botas es como elegir pareja, si te equivocas vas a arrepentirte toda la vida. Olvídate de lo superfluo, colores, cordones y pasadores de diseño son un inútil maquillaje que de nada va a servirte cuando estéis solos, tú y tus botas, coronando en Pico de los Infiernos. No te fíes del musculoso dibujo de la suela, los turgentes empeines, las voluptuosas punteras y los talones respingones que puedan transformarse en indolentes atributos cuando vayan sumándose los kilómetros en el ascenso de Castellón a Peñagolosa.

Quisiera haber tenido una respuesta más lúcida, pero ante la adornada verborrea del dependiente sólo acerté a decir “me las quedo”.

- Os gustáis, de eso no me cabe duda –continuó-. Pero habéis de tener en cuenta que la convivencia no es fácil, sobre todo al principio. Hay quien se lleva unas botas y habla de domarlas, como si fuesen una fiera salvaje, un caballo bravío al que forzar a morder el bocado y hacerle trotar hasta el agotamiento. Tú verás, pero yo te recomiendo que afiancéis vuestra relación sobre los cimientos del cariño, cortos paseos con pasos calmos sobre tierra blanda y al llegar a casa dale vigorosos masajes de grasa de caballo a su armazón de cuero reseco, regálale las caricias de un suave cepillado a la lona polvorienta y si os sorprendió la lluvia, rellena sus entrañas con papel de periódico y acércala al calor de una estufa. Verás como ellas compensan con creces tus desvelos.

Transcurrió nuestro noviazgo por Fuente Cerrada y la vega del Turia, hicimos breves escapadas al barranco de Zorita y el Estrecho del Ebrón, contemplamos las estrellas en la cumbre del Jabalón y consumamos nuestra relación en la marcha del Mezquín. A partir de entonces patinamos juntos por las lenguas de hielo del río Blanco, escalamos las paredes de la fuente del Cabrerizo, descendimos el salto de agua de Amanaderos, nos bañamos en el Pitarque, seguimos a las grullas en Gallocanta, peregrinamos a la Estrella en Mosqueruela y atravesamos pinares de Ladruñán a Mirambel, de Frías de Albarracín a Griegos y de Pancrudo a Son del Puerto, hasta que una mala herida se

abrió entre la suela y la puntera de mi bota derecha, un pequeño orificio por el que se colaba el agua y que fue creciendo de forma lenta y pesada hasta convertirse en un bostezo eterno.

Recorrí cientos de zapateros buscando una solución a su mal, pero nada pudieron hacer por devolverle la fuerza y la lozanía de antaño. Busqué en grandes almacenes, colmados y tiendas de deporte a alguna de sus hermanas, donde las nuevas tendencias de la moda habían acabado con toda su especie.

Han pasado dos años. Unas botas ligeras, estilizadas y de colores escandalosos cubren mis pies. Las trato con cariño y ellas se esfuerzan por hacerme feliz, pero cada vez que subo al trastero y veo otra vez a mis fieles, viejas y añoradas botas, no puedo evitar el adulterio. Vuelvo a calzármelas, doy unos pasos sobre las baldosas y siento cómo se estremecen mis pies, rejuvenecidos en su cuero.

** Elifio Feliz de Vargas Pastor es un escritor turolense, ganador de varios premios literarios y autor de las novelas 'Cuando juntos caminábamos', con la que fue finalista del premio Azorín, y 'Un pie que hablaba inglés'. Su último libro, 'Días de cierzo', sitúa la acción en las tierras del Maestrazgo, que el autor ha recorrido, entre otros motivos, como senderista y socio del GAJ.*